

ADAPTACIÓN TEATRAL DE
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
PARA SECUNDARIA

PRIMERA PARTE

E1.1 Presentación Actores y Don Quijote.

Escenario vacío. Entrando desde lateral izquierda aparecen Sánchez y Alonso, dos actores anónimos de la época actual, cargando entre los dos un baúl o carromato y bártulos varios en la otra mano y espaldas. Parecen buscar algo, un lugar idóneo para asentar su improvisado escenario. Al ver el espacio escénico parece gustarles, en descubrir el público deciden montar allí su escenario y tramoya.

Sánchez. Alonso.

Alonso. Sánchez.

Sánchez. Éste parece un buen sitio.

Alonso. Hay espacio...

Sánchez. Y más importante: hay gente!

Alonso. Gente sí, pero ¿Nos creerán?

Sánchez. ¡ Pero, cómo no van a creer si historia más verdadera que la nuestra no existe!

Alonso. Eso sí. Entonces...

Sánchez. ¿Empezamos?

Alonso. ¡Empezamos! *(alto y fuerte como declamando)* En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

Sánchez. ¿Pero qué haces?

Alonso. Empezar.

Sánchez. ¿Y el escenario? ¿Las ropas? ¿La tramoya?

Alonso. Ya lo montas tú.

Sánchez. Sí, claro. ¡Y tú me ayudas!

(Alonso le ayuda. Entre ambos van montando el decorado, escenografía, etc, que sacan de sus bártulos y carromato)

Sánchez. Además, no puedes empezar así.

Alonso. ¿Ah no?

Sánchez. No, porque ése es mi texto, tú no te sabes más que la primera frase; como todo el mundo. Además todas estas historias antiguas vienen siempre con prólogo.

Alonso. Pues yo te pongo un prólogo en un tris. Pues... *(no sabe qué decir)*. Pues... *(intenta hablar y no viene con idea alguna)*. Pues haberlo dicho antes y me lo hubiera estudiado, que yo ni lo sabía que había un prólogo.

Sánchez. Pues lo hay.

Alonso. Pues pa mí que al Cervantes éste, que tan listo era, le daría igual que me lo saltara, pues a buena historia le sobran preludios y sonetos y demás, y si él estuviera aquí, seguro que estaba conmigo.

Sánchez. Pues ahí creo que llevas razón

Alonso. Como siempre.

Sánchez. En fin... Tú monta que yo recito: *(Mientras Sánchez relata, Alonso monta, sin perder detalle de lo que Sánchez dice)*

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte. Frisaba su edad con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, o Quejana. Sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta

afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aún la administración de su hacienda...

Alonso. Me has perdido.

Sánchez. ¿Perdón?

Alonso. Que te lías y no te entiendo nada. ¿Un hidalgo? ¿Caballerías? ¿Pero de qué hablas?

Sánchez. A ver... El Quijote.

Alonso. Sí.

Sánchez. En realidad se llamaba Quijada o Quejada, no se sabe; pero da igual.

Alonso. ¿Pues si da igual, pa que lo dices?

Sánchez. (*Haciendo caso omiso*). Vivía en la Mancha, Castilla la mancha, con su sobrina y una ama; que es algo así como una mayordoma. Y era hidalgo...

Alonso. Y eso qué es lo que es.

Sánchez. Eso es mucho y es nada. Es uno que tiene título pero bienes más bien pocos... como un aristócrata venido a menos...

Alonso. Como el Cayetano Martínez de Irujo? Que todos dicen que está forrao pero él le dijo en Salvados que no tenía un duro?

Sánchez. Sí, bueno, más o menos... pero de verdad.

Alonso. Ok, te sigo. Así que mucha pasta no tenía pero como se las daba de aristócrata no daba palo al agua. ¿Verdad?

Sánchez. Exactamente, y se la pasaba todo el día leyendo libros de caballerías.

Alonso. ¿Y éso que es?

Sánchez. Pues éso era como el "Juego de Tronos" de la época... Pero en vez de verlo por internet venía en libros.

Alonso. Pues yo me sé de uno que en vez de ver la serie, se los ha leído todos los del Tronos éste.

Sánchez. Mira, pues tampoco ha cambiado tanto el mundo...

Alonso. Eso es verdad.

Sánchez. En resolución: él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

Alonso. (*A público*). Se volvió loco, se le fue la pinza, perdió la olla.

Sánchez. Ya me han entendido. En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar con el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, que fue hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras, dónde cobrase eterno nombre y fama.

Alonso. Sánchez! A partir de ahora yo hago de Quijote vale?

Sánchez. ¡Dale!

Alonso (*A Partir de ahora Quijote*). Y lo primero que hice fue limpiar unas armas que habían sido de mis bisabuelos. (*Se pone las armas*)

Sánchez. Que tomadas en orín y llenas de moho, luengos siglos había que que estaban puestas y olvidadas en un rincón.

Quijote. Fui luego a ver a mi rocín... (*Aparte susurrando*) Caballo. (*Va a por el caballo*)

Sánchez. ...y aunque tenía más tachas que el caballo de Gonela...

Quijote. ... me pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro...

Sánchez. ¡Ni Babieca el del Cid !

Quijote ...con él se igualaban.

Sánchez. ¡Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría!

Quijote. No era razón que caballo de caballero tan famoso, estuviese sin nombre conocido.

Sánchez. Al fin le vino a llamar:

Quijote. ROCINANTE.

Sánchez. Puesto nombre y tan a gusto a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días. Y al cabo se vino a llamar:

Quijote. DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Sánchez. Limpías pues sus armas y puesto nombre a su rocín, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quién enamorarse.

Alonso. Porque el caballero andante sin amores es árbol sin hojas, y cuerpo sin alma.

Sánchez. Y fue que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quién él un tiempo anduvo enamorado.

Alonso. Aunque ella jamás lo supo.

Sánchez. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le dio el título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que tirase al de princesa, vino a llamarla:

Alonso. DULCINEA DEL TOBOSO.

Sánchez. Y así sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo. (*Alonso se prepara como Sánchez indica, monta a caballo y parte. Sánchez sale*).

E1.2 Primera salida de Don Quijote

Don quijote sólo caminando sobre su caballo por el campo manchego.

Quijote ¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!

Llega a la entrada de una venta.

Quijote. Admíronse mis ojos ante la visión de tan magnífico castillo como éste que tengo enfrente pues todo tiene y nada le falta. Tiene sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que en las historias de caballería a semejantes castillos se pintan. Deténte Rocinante, debiera entre las almenas de aparecer algún enano a dar señal con alguna trompeta de que llega caballero al castillo.

*Detiene a **Rocinante** y espera sonido de trompeta, nada ocurre.*

Sánchez (*Sacando la cabeza entre bambalinas*). En éstas Don Quijote, que cómo habéis visto se creía estar en un castillo en vez de en una posada, como era en verdad lo que tenía enfrente, oyó la trompetilla de un castrador de puercos, que es como si hoy oyéramos el pito del afilador o los gritos del butanero. Y creyó que eran trompetas que le daban la bienvenida. (*Toca cuerno, y con voz de porquero dice.*) ¡Ea puercos! ¡Venid paquí!

Quijote. (*Satisfecho*). Tardose el enano en tocar la trompeta pero sin duda ya me vio.

*Entra **Sánchez** disfrazado de **Ventero**. Tiene acento andaluz.*

Ventero. Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Quijote. Para mí señor castellano, cualquier cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. (*Ventero ayuda a apearse a Don Quijote quién lo hace con mucha dificultad*) Téngale mucho cuidado a este caballo mío, porque es la mejor pieza que come pan en el mundo.

Ventero mira caballo extrañado y sale. Suena trompeta de porquero.

Quijote. De nuevo el enano con sus trompetas! Sin duda es éste algún famoso castillo. Señor del castillo, no se vaya vuesa merced tan presto pues debo de pedirle humildemente un servicio (*Ventero vuelve. Quijote arrodillándose*). No me levantaré jamás de dónde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía no me otorgue un don que pedirle quiero.

Ventero intenta levantarlo y Quijote se niega varias veces.

Ventero. Levántese usted señor caballero que no son estos suelos para tanta ceremonia.

Quijote. No me levantaré hasta que prometa usted de otorgarme el don que le pido.

Ventero. Pero...

Quijote. ¡Jamás!

Ventero. ¡Dones les daré yo los que quiera, pero levántese ya!

Quijote. No esperaba yo menos de la vuestra magnificencia, señor mío, y así, os digo que el don que os he pedido y me ha sido otorgado es que mañana me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas; como se debe en estos casos.

Ventero (*Socarrón dándose cuenta de la falta de juicio de Quijote*) Anda vuesa merced muy acertado en lo que desea y pide. Yo también, en mis años de mocedad, me dí a este honroso ejercicio caballeresco, buscando mis aventuras, ejercitando la ligereza de mis pies y habilidad de mis manos, haciendo muchos tuertos y deshaciendo algunas doncellas. Debe pero de saber, que no hay capilla en este castillo, pues la mandé derribar para hacer otra nueva, pero en esto de velar las armas, se pueden velar dondequiera, y tengo yo un patio dónde las podrá velar. ¿Trae vuesa merced algún dinero?

Quijote. No traigo yo blanca, pues jamás leí en historia alguna que ningún caballero andante la hubiese traído.

Ventero. En esto se engaña y mucho el señor caballero, que si jamás se escribieron tales pormenores, fue por ser cosa tan clara y tan necesaria de traerse como son dineros y camisas limpias.

Quijote. Yo le prometo señor caballero de hacer lo que me aconseja con toda puntualidad en cuánto tenga ocasión.

Ventero. Y quedo yo mucho más tranquilo en saberlo. Ala, ala, sea dicho. Al corral... digo al patio del castillo a velar las armas.

Quijote recoge todas las armas y se sienta en medio de escena. Ventero sale.

Ventero (*desde fuera*) Tolosa, molinera, mujer, arrieros! ¡Venid todos acá a ver este loco cómo vela las armas cuál caballero de novela!

Quijote, vela sus armas: se pasea, se abraza a ellas, se aleja pero sin perderles de vista etc, etc.

Sánchez. Toda la noche pasó Don Quijote en el corral velando sus armas, que desafortunadamente puso sobre la pila dónde los arrieros iban a dar de beber a sus recuas. Y a cada arriero que intentaba mover sus armas retaba Quijote con grandes palabras como:

Quijote. ¡Oh tú, quienquiera que seas, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! ¡Mira lo que haces, y no las toques, sino quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

Sánchez. Y los arrieros que no son gente que entienda de burlas, no pudiendo dar de beber a sus recuas, no tardaron a tomarla con él.

(*Ruidos de gritos y pedradas, Quijote se bate contra enemigos invisibles recibiendo inmensa lluvia de piedras*) Y tremenda fue la lluvia de piedras que cayó sobre nuestro andante caballero. Pero él no se rendía en su lucha contra los arrieros, y viendo que por loco se había de librar, por no ir a más, el ventero calmó a todos los ánimos y dio fin a la burla y lo nombró caballero como había prometido

(*Cesan progresivamente las piedras*) **Ventero**. Disculpe usted la insolencia de esta gente baja. Yo creo que en lo de velar las armas ya ha cumplido vuesa merced más que de sobras, así que vamos con el ceremonial, antes otra desgracia no suceda. Póstrese vuesa merced de rodillas.

Quijote se postra. **Ventero** lee un libro como murmurando, en mitad de leer alza la mano y le da sobre el cuello un buen golpe y después con la espada de **Quijote** un gentil espaldarazo.

Ventero. (*Ciñéndole la espada*). Dios haga a vuesa merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. Y no se preocupe por la costa de la noche, que con verle fuera de mi venta, digo de mi castillo, me doy por más que pagado (*Don Quijote se levanta orgulloso, se sube a Rocinante y marcha*).

Oscuro.

E1.3 Mercaderes

Luz. Un camino cualquiera en La Mancha, Don Quijote en medio del camino esperando a un grupo de mercaderes que se acerca. Pausa.

Alonso. Así que nuestro Quijote se creía ya armado caballero.

Sánchez. Pues el ventero así se lo había hecho creer.

Alonso. Cuando en medio de un camino se encontró a trece mercaderes en ruta, como solía haber en ésa época por los caminos de España. (*Pausa*) ¡Sánchez! ¡Mercaderes!

Sánchez. ¿¿Trece?!

Alonso. Con el de la cabeza basta, los otros ya nos los imaginamos.

Sánchez. Voy. (*Sale*)

Quijote. ¡Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso!

Entra Sánchez de Mercader, como mirando atrás a sus compañeros.

Mercader. Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

Quijote. Si os la mostrara, ¿qué hiciéredes vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verlo lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; dónde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia.

Mercader. Señor caballero, suplico a vuesa merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos... **Sánchez**. ¡Cachondo el mercader, también! **Mercader**. ... suplico digo, que vuesa merced sea servido de mostrarnos algún retrato desta señora. Y aún creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que el rostro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, diremos en su favor todo lo que quisiere.

Alonso. ¡Uy lo que le ha dicho! **Quijote** (*Encendido en cólera*). No le mana, canalla infame, eso que decís sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora.

Sánchez. Vaya, que él me dice que su churri es la más guapa, y yo le digo, ¡ea! si ni la conozco, y él me dice, da igual, dilo de todos modos y yo le digo "enséñame una foto", y él: "nanai" y yo le digo "por aquí" y con éste, tal y cómo las gasta... pues ya se ha liao.

Quijote coge carrerilla y bajando la lanza va a embestir montado sobre **Rocinante**.

Mercader huye de escena, **Quijote** pasa persiguiendo a mercader una o dos veces de un lateral a otro.

Finalmente **Rocinante** tropieza y cae. Rueda **Don Quijote** y intentando levantarse y sin poder por el peso de las armas y la caída dice:

Quijote. Non fuyáis gente cobarde, gente cautiva: atended, que no por culpa mía sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Mercader vuelve, coge lanza y la parte en cuatro trozos y muele a palos las costillas de **Don Quijote**. Cuando acaba con uno va a por el otro trozo de la lanza y se ensaña aún más, hasta haberle dado con todos los 4 trozos de la lanza. Durante este tiempo **Quijote** no cierra la boca amenazando al cielo y a la tierra y a los malandrines que él cree son los mercaderes. **Mercader** sale. En escena **Quijote** solo.

Quijote (Molido sin poder levantarse del suelo).

Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Oscuro

E1.4 La quema de libros

Luz. Hacienda de **Don Quijote**. Dentro de la biblioteca. En escena **Alonso** y **Sánchez** vestidos de **Ama** y **Cura** respectivamente. Llevan todo el disfraz menos un atuendo final, véase birrete y peluca, que les falta ponerse y hablan como actores mientras no se ponen dicho atuendo.

Sánchez. Así de perjudicado quedó nuestro Don Quijote tras su primera aventura.

Alonso. Y pudo ser la última si no lo llega a encontrar un labrador...

Sánchez. ...campesino...

Alonso. ...vecino suyo, que lo reconoció cuando estaba agonizando en medio del camino.

Sánchez. Maltrecho y malherido se lo llevó hasta su hacienda dónde su ama lo recibió junto a su amigo y vecino, el cura, en medio de delirios sobre Baldovinos, moros y Rodrigos y otros tantos personajes de novela.

Ama (Poniéndose la peluca). ¡Mirad, en hora mala si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías! Tome vuesa merced, señor licenciado, rocíe esta biblioteca, dónde mi señor perdió el juicio, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten a nosotros.

Sánchez. Por suerte el cura, que era hombre de letras, no tuvo tanta prisa como el ama y así algún que otro buen título se pudo salvar... (Se pone el birrete) **Cura**. Vaya el ama dándome los libros uno a uno, para ver de qué tratan, pues bien podríamos hallar alguno que no merezca castigo de fuego.

Ama. No, no hay para qué perdonar a ninguno; mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera.

Cura. Primero quisiera al menos leer los títulos. Veamos.

Ama a desgana le pasa cuatro libros juntos.

Cura. El Amadís de Gaula. Parece cosa de misterio ésta, porque este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste, y así, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego; más también he oído decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto, y así como a único en su arte se debe perdonar, y por esa razón se le otorga la vida por ahora.

Ama. (Decepcionada) Veamos este otro.

Cura. Las sergas de Esplandián, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

Ama. Pues en verdad no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Abro la ventana y lo echo al corral y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer (*Resoluta lanza el libro por la ventana*).

Cura. Adelante. Este que viene es Amadís de Grecia, y aún todos los deste lado son del linaje de Amadís.

Ama. Pues vayan todos al corral (*Los tira*).

Cura. Seguidme pasando libros ama. A ver éste... Don Olivante de Laura: al corral. Florismarte de Hicaria, presto en el corral. Ama, tomad todos los grandes y llevadlos al corral.

Ama coge todos los restantes y se los lleva. De pronto el actor sale de personaje al reconocer un título entre el montón de libros y se quita la peluca.

Alonso. ¡Sánchez mira! ¡Tirant lo Blanch! Éste me lo hicieron leer a mí en el instituto... Estaba de put...

Cura. ¡Válame Dios! ¿Que aquí esté Tirante el Blanco? Dádmele acá, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Dígoos verdad, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, que le echaran a galeras por todos los días de su vida.

Alonso. En éstas oyeron la voz de Don Quijote desde su alcoba. **Quijote.** ¡Aquí, aquí valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo! (*Se pone la peluca*) **Ama.** ¡Ay mi señor licenciado que mi señor ya está despierto! Váyanse todos al fuego y que el diablo se los lleve.

Cura. Que así sea. (*Cogen el resto y lo echan por la ventana*). Rápido, préndales fuego que yo distraeré a nuestro amigo, y en cuanto esté la fogata hecha, tapie y mure la puerta desta biblioteca, que quizá quitando la causa cese el efecto, y yo le diré que un encantador se los ha llevado, y el aposento y todo.

Alonso. Y así lo hicieron, y así engañaron al pobre Don Quijote, quién por espacio de varios días buscó y rebuscó por toda la casa la puerta a su biblioteca y amados libros, sin encontrar más que paredes.

Sánchez. Y fue fácil hacerle creer que un encantador se los había llevado volando pues, en la mente de nuestro hidalgo, brujos y malandrines eran enemigos habituales de caballeros andantes como él se creía.

Oscuro.

E1.5 Conocimiento de Sancho y aventura de los molinos de viento.

Camino. Al alba. Aparecen Quijote y Sancho sobre rocinante y rucio.

Alonso. Quince días pasó Don Quijote en su casa muy tranquilo, y casi parecía estar cuerdo, pero

siempre que el ama, o el cura, o cualquiera le sacaba el tema de la caballería andante quedaba claro que a nuestro hidalgo no se le había curado lo suyo.

Sánchez. Y así, sin que nadie lo supiera, Don Quijote fue preparando su segunda salida.

Alonso. Buscando, vendiendo y empeñando, juntó Don Quijote unos cuantos dineros.

Sánchez. Y en cuanto los tubo, se acercó a casa de un labrador vecino suyo, que era hombre de bien...

Alonso ...si es que ese título se le puede dar al que es pobre...

Sánchez ... pero de poca sal en la mollera...

Alonso ... corto, lo que se dice corto, corto...

Sánchez ... y tanto le prometió y re-contr-prometió que el pobre demonio se convenció de salir con él y servirle de escudero, dejando atrás un oficio seguro, mujer e hijos (*Ambos actores cambian a personaje*).

Quijote. Has de saber amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas y reinos que ganaban, y yo tengo determinado que por mí no falte tan agradecida usanza (*Sancho va ayudando a Quijote a prepararse, ajusta armadura, ayuda a montar a caballo, etc.*).

Sancho. Mire vuesa merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.

Quijote Amigo Sancho, sepas que si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que, ¡no ya gobernador, sino rey de uno de los reinos adherentes al mío te podría hacer! (*Quijote parte, Sancho queda pensativo unos segundos y lo sigue deprisa*)

Sancho. De esa manera, si yo fuese rey mi mujer vendría a ser reina y mis hijos infantes.

Quijote. ¿Pues quién lo duda?

Sancho. Yo lo dudo, porque tengo para mí que no vale dos maravedíes para reina.

Quijote (*Quijote se detiene*). La fortuna va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quién pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer.

Sancho. ¿Qué gigantes?

Quijote. Aquellos que allí ves, de los brazos largos que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Sancho. Mire vuestra merced, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

Quijote. Bien parece, que no estás cursado en esto de las aventuras, ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Quijote da de espuelas a su caballo y se encamina hacia los molinos haciendo caso omiso de los gritos y advertencias de Sancho.

Sancho. ¡Pero señor! ¿Qué hace? ¡Mire usted que se equivoca, que son molinos y no gigantes! ¡Señor deténgase!

Quijote. Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Sánchez. Entonces se levantó un viento que pa qué y claro las aspas de los molinos empezaron a moverse.

Quijote. Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo me lo habéis de pagar. Mi señora Dulcinea, socórrame en tal trance como éste que por vos me preparo en acometer (*Arranca al galope y arremete con la lanza en el aspa del primero de los molinos. Caen caballo y caballero rodando por el campo. Sancho se acerca a ellos*).

Sancho. ¡Válame Dios! ¿No le dije yo a vuesa merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

Quijote. Calla amigo Sancho que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuánto más que yo pienso, que aquel sabio encantador Frestón, que me robó el aposento y

los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Sancho. Dios lo haga como puede.

Sancho ayuda a levantarlo y vuelve a subir sobre **Rocinante**. *Prosiguen su camino.*

Oscuro.

E1.6 Los Galeotes

Luz. Escenario vacío. Alonso y Sánchez entran.

Sánchez: Y una de las notables aventuras que vivieron nuestros justicieros por los caminos castellanos y que dejó profunda marca en la memoria del lugar y los historiadores es la que llaman la aventura de los galeotes.

Alonso. Qué son galeotes Sánchez?

Sánchez. Galeotes son, o mejor dicho, eran la gente que por ser maleantes y delincuentes estaba condenada a ir a galeras a remar para servir al Rey y así pagar sus crímenes.

Alonso. ¿Por mucho tiempo?

Sánchez. ¡Años Alonso!

Alonso. Años encerrado en un barco remando sin parar...

Sánchez. Así encontraron a doce galeotes prisioneros, caminando en línea, bien atados todos con una cadena de hierro al cuello, y con las manos esposadas. Los vigilaban dos hombres a caballo y dos a pie, los de a pie armados con espadas, y los de a caballo con escopetas.

Alonso. Y en verlos atados Don Quijote dedujo rápidamente que se trataba de doce menesterosos, en vez de doce criminales, y que debían ser socorridos sólo por ir contra su voluntad, y que allí encajaba perfectamente la ejecución de su oficio: "Desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables".

Sancho. Advierta vuesa merced, que la justicia es el mismo rey, que no hace fuerza ni agravio a semejante gente, si no que los castiga en pena de sus delitos.

Quijote. Veamos qué tienen que decir sobre ello los guardas que los llevan. Buenos días noble caballero, sería vuesa merced tan amable de decirme la causa o causas porque llevan aquesta gente de aquesta manera.

Guarda. (Sánchez de guarda). Son galeotes, y van a galeras, y no hay más que decir, ni tiene vuestra merced más que saber.

Quijote. Con todo, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Guarda. Vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Alonso. Y así Don Quijote fue uno a uno preguntando la razón por la que iban a galeras, de dónde muchos seguramente no iban a volver. **Quijote.** Dígame buen hombre, porque va vuesa merced de tan mala guisa.

Galeote 1. Por enamorado voy así, pues quise tanto una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé tan fuertemente, que a no quitármela la justicia de por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad.

Galeote 2. Yo voy por cinco años a las señoras galeras por faltarme diez ducados, pues si a su tiempo los tuviera, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza del Zocodover de Toledo, y no este camino atraillado como galgo (**Sánchez en Galeote 3**).

Galeote 3 (Llorando). Yo a mi venerable edad me mandan a galeras por alcahuete... Y en verdad,

que nunca pensé que hiciera mal en ello, que mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz. Pero no me aprovechó nada ese deseo para dejar de ir a donde no espero volver. *(Vuelve a llorar de nuevo. Alonso en Galeote 4).*

Galeote 4. Yo voy así porque me burlé demasiado con dos primas hermanas mías y con dos otras hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela, tan intrincadamente, que no hay diablo que la declare.

Sánchez. Y atrasado del grupo, venía uno con tantas más prisiones que los demás, que apenas podía ni moverse ni llegar con las manos a su boca...

Alonso. ... tenía aquél sólo más delitos que todos los otros juntos, y aunque le traían de esta manera, no iban seguros de él los guardas y aún temían que no huyera.

Sánchez. Iba por diez años, que es como muerte civil.

Alonso. Era el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llamaban Ginesillo de Parapilla.

Sánchez. ¿Ginesillo de Parapilla?! *(Muda a Ginés)* **Ginés.** Señor caballero, váyase poco a poco y no andemos a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia y no Parapilla. Si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios que se enfada con tanto querer saber vidas ajenas.

Quijote. De todo cuánto me habéis dicho, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy contra vuestra voluntad, y por el voto que hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores, ruego a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz.

Sánchez. ¡Tremenda majadería! Quería que le dejaran los forzados del rey, cómo si los pobres guardas tuvieran autoridad para soltarlos o él para mandárselo *(Muda en Guarda)*. **Guarda.** Váyase vuestra merced señor, norabuena su camino adelante y no ande buscando tres pies al gato.

Quijote. Vos sois el gato el rato y el bellaco.

(Inesperadamente arremete violentísimamente contra el guarda, éste cae y desde allí Sánchez sigue la narración de la historia).

Sánchez. Y tan de sorpresa le golpeó Don Quijote al guarda que lo tiró al suelo de una lanzada, y tubo suerte pues éste era el de la escopeta.

Alonso. Y los otros guardas, rápidamente pusieron las manos en sus espadas y fueron para atacar a Don Quijote.

Sánchez. Quién lo habría pasado mal si no fuera porque los prisioneros lo vieron claro y aprovecharon la ocasión para intentar liberarse, rompiendo sus cadenas.

Alonso. Fue la revuelta de tal manera, que los guardas por no saber si ir a por los prisioneros que se estaban liberando o a por Don Quijote, quién les acometía sin parar, no hicieron nada de provecho.

Sánchez. Y Ginés de Pasamonte fue el primero en librarse y hacerse con espada y escopeta.

Alonso. Haciendo huir a todos los guardas del campo, mientras los otros presos los llovían a pedradas.

Sancho. Mi amo, preocupado me tiene esta aventura, que aprovechando su osadía ya todos los galeotes se han liberado...

Quijote. Yo sé lo que hay que hacer Sancho amigo. Señores antes galeotes: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, dígoles porque ya habéis visto el que de mí habéis recibido; en pago del cuál querría que cargados de esa cadena os pongáis en camino y vayáis a la ciudad del Toboso y allí os presentéis ante la señora Dulcinea, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía a encomendar.

Sánchez. A lo que Ginés respondió: **Ginés.** Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos sino solos y divididos. Mejor será mudar ese servicio en alguna cantidad de avemarías que nosotros diremos; pero pensar que hemos tomar nuestras cadenas y ponernos en camino del Toboso, y es como pedir peras al olmo.

Quijote. Pues voto a tal, don hijo de la puta, don Ginosillo de Paropillo, o cómo os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas con toda la cadena a cuestras.

Sánchez. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya al tanto de como Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido como el de liberarle, y viéndose tratar tan mal, hizo el ojo a sus compañeros y apartándose comenzaron a llover tantas y tantas piedras sobre Don Quijote que dieron con él en el suelo, y le hubieran quitado hasta la ropa si no fuera que la armadura no se lo permitía (*Sánchez intenta quitar la ropa a Alonso*).

Alonso. A quién sí le robaron hasta los calzoncillos fue a Sancho, que quedó en pelota picada en medio del campo.

Alonso despelota enérgicamente a Sánchez quién se resiste pero acaba cediendo abrumado por el ímpetu de su compañero de escena.

Sánchez. Pero...

Alonso. Venga Sánchez, no seas cagueta que en el libro viene así. No soy yo, fueron los galeotes.

Sancho se queda en pelotas, y tapándose las vergüenzas con algún objeto escénico improvisado.

Quijote. Siempre Sancho, lo he oído decir que el "hacer bien a villanos es echar agua en la mar". Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí en adelante.

Sancho. Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco.

Se quedan los dos pensativos y molidos con la mirada perdida. Progresivamente y despacio se va haciendo el...

Oscuro.

E2.2 Camino al Toboso

Luz. Sancho y Quijote en escena en ruta de nuevo por un camino dirección al Toboso.

Sancho. Señor, hace ya meses que andamos estos caminos en busca de aventuras, y de momento no más que palos he recibido como paga. Cuándo abandoné mi casa tuve yo relucida a mi mujer a que me dejase ir con vuestra merced adónde quisiere llevarme...

Quijote. Reducida has de decir, Sancho, que no relucida.

Sancho. Una o dos veces, si no recuerdo mal, he suplicado a vuestra merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir con ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho, o diablo, no te entiendo; y si yo no me aclarare, entonces podrá enmendarme, que soy tan fócil...

Quijote. No te entiendo, Sancho, pues no sé que quiere decir soy tan fócil.

Sancho. Tan fócil quiere decir, soy tan así.

Quijote. Menos te entiendo ahora.

Sancho. Pues si no me puede entender, no sé cómo se lo diga, no sé más, y Dios sea conmigo.

Quijote. Ya, ya caigo en ello, tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

Sancho. Apostaré yo, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oírme decir otras doscientas patochadas.

Quijote. Podrá ser. Y en efecto ¿qué dice Teresa?

Sancho. Teresa dice, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien bien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le tome es loco.

Quijote. Y yo lo digo también. Decid Sancho amigo: pasa adelante que habláis hoy de perlas.

Sancho. Es el caso que como vuestra merced sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.

Quijote. Todo es verdad, pero no sé dónde vas a parar.

Sancho. Voy a parar, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes al tiempo que le sirviere, y que tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar a mercedes, que llegan tarde o mal o nunca; con lo mío me ayude Dios, vuestra merced me ha entendido.

Quijote. Y tan entendido, que he penetrado lo último de tus pensamientos. Mira Sancho, yo bien te señalaría salario, pero yo no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario a su escudero; sólo que todos servían a merced. Si vos gustáis de volver a servirme, sea en buena hora; y sino tan amigos, Dios quede con vos, que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos y no tan empachados ni tan habladores como vos.

Sancho se para, descompuesto, sorprendido y contrariado de la respuesta de su amo. Quijote sigue su marcha. Finalmente Sancho rompe a llorar y se apresura a llegarse a su amo y con lágrimas en los ojos le dice:

Sancho. No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha. Y si me he puesto en cuentas acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer. Pero, yo de nuevo me ofrezco a servir a vuesa merced, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Sancho y Quijote se abrazan reconciliados y quedan amigos.

Sancho. ¡Mi señor, justo allí se descubre la gran ciudad del Toboso!

Quijote. Sancho hijo, ve a la ciudad y no vuelvas sin haber primero hablado de mi parte a mi señora, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de la hermosura que vas a buscar.

Sancho. Yo iré y volveré presto.

Sancho marcha de al lado de su amo. Súbitamente se detiene en medio de proscenio.

Sancho (Para sí). Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced: -Voy a buscar a una princesa y en ella el sol de la hermosura y a todo el cielo junto. -¿Y adónde pensáis encontrar eso que decís, Sancho? - ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. -Y de parte de quién la vais a buscar? -De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha. - ¿Y sabéis su casa Sancho? - Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. -Y pareceos que si los del Toboso supiesen que venís a sonsacarles sus princesas no os moliesen las costillas y no os dejasen hueso sano, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. - ¡Otxe, puto! ¡Allá darás rayo! ándeme yo buscando tres pies al gato por gusto ajeno, y más que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a marica por Rávena, o al bachiller por Salamanca (*Pausa*). Ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, y éste mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, siendo pues, loco como es, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y cuando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo a jurar, y

si porfiare, porfiaré yo más y quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice la habrá mudado la figura.

Sancho, espera haciendo tiempo para que no se note que acaba de salir. Finalmente vuelve.

Quijote. ¿Qué hay Sancho, amigo? ¿ Buenas nuevas traes?

Sancho. Tan buenas, que la señora Dulcinea, con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuestra merced.

Quijote. ¿Qué es lo que me dices Sancho amigo? ¡Mira no me engañes!

Sancho. Acérquese señor y verá venir a la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. *(Refiriéndose a tres personas del público, ya sean mujeres o incluso mejor hombres y barbudos, se va a cercando a la personas referidas mientras habla)*. Sus doncellas y ella todas son un ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora que pasma los sentidos.

Durante este soliloquio, Quijote que observa atónito no acierta a ver nada de lo que Sancho relata y mira alternativa a Sancho y a las tres personas del público intentando ver dónde está el error.

Quijote. ¿Dónde dejaste a mi señora Dulcinea y sus doncellas?

Sancho. ¿Cómo? ¿Que no ve que son éstas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a mediodía?

Quijote. Yo no veo sino a tres labradoras sobre tres borricos.

Sancho. Calle señor y no diga la tal palabra, sino despabile sus ojos y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos *(Hincándose de rodillas enfrente de las tres "labradoras")*. Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro.

Quijote se arrodilla también y mira desconfiado a las "labradoras" intentando descubrir en ellas a su amada. Murmurando intenta decir algo a Sancho como para que no le oigan, pero éste hace caso omiso y con gestos le hace callar.

Sancho. ¡Oh princesa y señora universal del Toboso!: ¿cómo vuestro magnánimo corazón no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la columna y sustento de la andante caballería?

Quijote. Levántate, Sancho, que ya veo que el maligno encantador me persigue y ha puesto cataratas en mis ojos y ha transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre y fea. *(Mientras suben de nuevo al escenario)*.

Sancho. ¡Oh, canalla! ¡Oh, encantadores aciagos, y mal intencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lecha!

Quijote. Torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Sigamos Sancho amigo, que si Dios quiere y mi brazo no se tuerce quizá encontremos remedio a para deshacer tan desdichado conjuro.

Quijote parte seguido por Sancho que se esfuerza en disimular su risa.

E2.2 Entrada a Barcelona y encuentro con el Caballero de la Blanca Luna

Luz. Quijote solo.

Quijote. Innumerables aventuras y de las más extrañas me ha deparado este viaje. Batido me he en duelo, me he enfrentado y vencido yo sólo a dos fieros leones, he bajado a las cueva de Montesinos, he montado en un barco encantado, el mismo diablo de Merlín el encantador se me ha aparecido, mi fiel escudero ha sido nombrado gobernador de una isla como siempre le prometí y tras pocos días de gobierno ha vuelto fiel y leal Sancho a mi lado, he sido asaltado y perdonado por Roque Guinard, el más peligroso bandolero de las tierras catalanas; y tantas otras historias que ahora no recuerdo nombrar.

Incansable me hallo ahora, al alba del día de San Juan, a las puertas de Barcelona, dónde he sabido que se celebran unas famosas justas dónde podré mostrar al mundo la valía y fuerza de mi brazo.

Luz de amanecer. Música de Chirimías y atabales. Ruido de cascabeles. Vítores y cañones desde los barcos del puerto.

Y dónde parece que mi fama me precede.

Entra Caballero de la Blanca Luna.

Caballero de la Blanca Luna. Insigne caballero y jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha, yo soy el "Caballero de la Blanca Luna", vengo a contender contigo, y hacerte confesar que mi dama, sea quién fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tu confiesas, excusarás tu muerte; y si tu peleares y yo venciere, no quiero sino que, dejando las armas, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año; y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza y pasará a la tuya la fama de mis hazañas.

Quijote. Caballero de la Blanca Luna: yo os haré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiéredes, yo sé que procurarédes no ponerlos en esta demanda. Y así acepto vuestro desafío; y sólo exceptúo de las condiciones que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé ni cuáles ni tales sean; con las mías me contento. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo.

Ambos caballeros toman su parte en el campo de batalla y se preparan y se arman.

Quijote. Oh sin par Dulcinea, ayúdame en éste trance que por ti y tu buen nombre gustoso me dispongo a encarar.

Luchan. Caballero de la blanca Luna vence, Don Quijote cae del caballo, El de la Blanca Luna se apea rápido y le pone la lanza sobre la visera.

El de la blanca Luna. Vencido sois caballero y aún muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Quijote. Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero la lanza y quítame la vida pues me has quitado la honra.

El de la blanca Luna. Eso no haré yo, por cierto; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuera mandado.

Quijote. Como no me pida cosa que sea en perjuicio de mi señora, todo lo demás cumpliré como caballero puntual y verdadero.

El de la blanca Luna (*Quitándose el casco y celada*). Pero en realidad yo no soy el de la Blanca

luna sino el Bachiller Sansón Carrasco, amigo y vecino de Don Quijote, que preocupado por la su locura, vengo siguiéndole desde hace ya tres meses disfrazado de caballero andante, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición que el vencido quede a discreción del vencedor para pedirle lo que aquí se ha visto. No me descubráis, porque tengan efectos los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que lo tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

El de la Blanca Luna, se gira sobre su caballo y huye al galope.

Quijote. Aquí fue Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.

Oscuro.

E2.4 Regreso, cordura y muerte de Don Quijote de la Mancha.

Luz. Alonso y Sánchez dirigiéndose a público.

Alonso. Largo y triste fue el camino de vuelta para nuestros amigos Quijote.

Sánchez. Y Sancho Panza.

Alonso. Y otras tantas aventuras les depararon los caminos, que ya la fama de Don Quijote y los muchos que había ya conocido en sus andanzas parecía que no le querían abandonar.

Sánchez. Pero todo esto son historias largas de contar, que aquí no vienen al caso, y que quién saberlas quiera... ¡A leer!

Alonso. Que es corto el libro.

Ambos ríen.

Sánchez. En fin que estábanse llegando ya a su aldea natal nuestro hidalgo y escudero, a la puerta de la cual, decían los muchachos en verlos pasar:

Alonso. "Venid muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día".

Sánchez. Y toparon con el cura y el bachiller quienes se vinieron a ellos con los brazos abiertos.

Alonso. Y Quijote les contó cómo, en no pudiendo ser caballero por espacio de un año como su juramento le obligaba, tenía pensado de hacerse pastor y entretenerse en la soledad de los campos, y les suplicó que fueran sus compañeros, que ya hasta nombre y enamorada les había encontrado.

Sánchez. A lo que en enterándose ama y sobrina recriminaron fuertemente a Don Quijote.

Alonso (Con voz de sobrina). ¿Qué es esto tío? ¿Ahora que pensábamos que vuesa merced volvía a reducirse en casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose "pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas"?

Sánchez. (Con voz de ama). Mire que ése es oficio de hombres curtidos y robustos y tome mi consejo: estése en su casa, atienda a su hacienda, confíese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

Alonso muda en Quijote.

Quijote. Callad hijas; que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno.

Sánchez. Y las buenas hijas, que lo eran sin duda, ama y sobrina, le llevaron a la cama dónde le dieron de comer y regalaron lo posible.

***Sánchez** ayuda a **Don Quijote** a llegarse a la cama. Lo asienta en una cama que vemos en vertical y lo arropa. Le deja solo. La luz mengua en toda la escena menos sobre **Don Quijote**, quién queda solo en su lecho de muerte. **Sancho** habla desde la penumbra, a ratos en la cabecera de la cama.*

Sánchez. Como las cosas humanas no sean eternas, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó a su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Quijote. Llamaron mis amigos al médico, quién dijo:

***Sánchez** haciendo de médico le osculta, examina y toma el pulso.*

Médico. Por sí o por no atienda el señor a la salud de su alma, porque la del cuerpo corre peligro.

***Sancho** se hunde en la penumbra. **Quijote** se endormisca, no estamos seguros de si se duerme o si muere. De pronto se despierta sobresaltado y enérgico, con una expresión que no le habíamos conocido antes.*

Quijote. Bendito sea el misericordioso Dios, que tanto bien me ha hecho. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y embelecocos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde. Yo me siento a punto de muerte; querría hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Mis buenos amigos, ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quién mis costumbres dieron renombre de Bueno. Yo soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya las abomino. Yo siento que me voy muriendo a toda priesa: tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento.

Es mi voluntad que si sobrare algún dinero después de haberse pagado de lo que debo, el restante, que bien será poco, sea de Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, y que buen provecho le haga; y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de una ínsula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y ya soy ahora, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía.

Sánchez. Nunca en ningún libro caballero andante había muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; él, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

*Se apaga la luz sobre **Don Quijote**. **Alonso**, se levanta naturalmente y avanza a proscenio, espacio que comparte con **Sánchez**.*

Alonso. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner puntualmente cide Hamette Benengeli, cronista de esta verdadera historia, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenerle por suyo, como contendieron las siete

ciudades de Grecia por Homero.

Sánchez. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de Don Quijote y los nueve sepitafios de su sepultura; aunque su amigo Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tubo a todo el mundo en poco;
fue el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo y vivir loco.

Oscuro. Fin.